

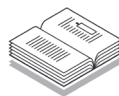
Yolanda Morató

# Libres y libreras

Mujeres del libro en Londres

Primer Premio del II Certamen Literario de  
la Asociación de Amigos del Libro Antiguo de Sevilla

el paseo, 2021



ASOCIACIÓN  
«AMIGOS DEL LIBRO ANTIGUO»  
SEVILLA

El 21 de septiembre de 2021, un jurado compuesto por Marie Christine del Castillo-Valero, Miguel Albero y Fran G. Matute, decidió otorgar el Primer Premio del II Certamen Literario de la Asociación Amigos del Libro Antiguo de Sevilla, a la obra *Libres y librerías. Mujeres del libro en Londres*, de Yolanda Morató Agrafojo.

© Yolanda Morató Agrafojo, 2021  
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2021  
www.elpaseoeditorial.com

*1ª edición: noviembre de 2021*

Este libro se ha producido con la colaboración del Instituto de la Cultura y las Artes de Sevilla (ICAS)-Ayuntamiento de Sevilla y de la Diputación de Sevilla.

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL  
Cubiertas: Jesús Alés ([www.sputnix.es](http://www.sputnix.es))  
Dibujo de portada: Fernando Cadenas  
Corrección: César de Bordons Ortiz  
Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

I.S.B.N. 978-84-124077-5-4  
DEPÓSITO LEGAL: SE-2142-2021  
CÓDIGO THEMA: DNB

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

## Contenido

1. Una cuestión de Estado: de los albores de la imprenta a la profesionalización • 11
2. La librería con apellido: de M. Gurney a la Sra. Bennett • 22
3. La librería como espacio de acción sociopolítica: las sufragistas inglesas • 30
4. La librería como espacio de vida: Alida Klemantaski • 38
5. La librería como espacio de documentación histórica: E. Millicent Sowerby • 48
6. La librería como espacio de consumo cotidiano: Florence Boot • 56
7. Las librerías gestoras: Jane E. Norton y Frances Partridge • 63
8. La librería especializada: Una Dillon • 68
9. Las anarcolibrerías: Esther Archer y Eva Reckitt • 73
10. La librería empresaria: Nancy Mitford • 81
11. Christina Foyle: pasión, caos y tiranía • 86

12. Teresa Chilton: la librería más pequeña del mundo • 92
13. Sisterwrite y las librerías de la segunda ola feminista • 97
14. De Denise Jones a Nicola Samson: la librería como espacio comunitario • 102
15. Isla Dawes y Venetia Vyvyan: la librería como conglomerado empresarial • 107
16. Los rescates literarios en las librerías: Nicola Beauman y Persephone • 111
17. La librería de una escritora: Evie Wyld y Jen Campbell • 117
18. La librería de las mujeres: A. N. Devers y Dee Creative • 122
19. Las librerías contra la última crisis económica: Gillian McMullan, Jenny Morris, Celia Hewitt y Lucy Moore • 129
20. Otras profesionales reconvertidas: el éxito de Tales from the Moon y Lutyens and Rubinstein • 136
21. Algunas lecturas de interés • 141
22. Simpáticas maldiciones para cerrar un libro • 146
- Índice de nombres • 151

Este libro no es tan solo una colección de ensayos sobre más de una treintena de librerías que han abierto sus establecimientos en el Londres de los últimos dos siglos. Es la prueba de cómo una industria cultural en la que las mujeres siempre han estado presentes ha logrado sobrevivir gracias al apoyo que se han ofrecido unas a otras. Puede leerse sin necesidad de seguir un orden, aunque está concebido de manera cronológica como una breve historia de los negocios de compraventa y edición de libros en la capital inglesa desde el punto de vista de las mujeres que han participado en él. Es, en realidad, la reescritura de una historia en la que no han visto reconocido –salvo honrosas excepciones– el lugar que les corresponde. Mediante las iniciativas personales de librerías excéntricas, desafiantes, únicas, Londres fue un lugar donde los libros tuvieron, tienen y seguirán teniendo vida propia, y sus librerías, una manera más libre de estar en el mundo.



## 1. Una cuestión de Estado: de los albores de la imprenta a la profesionalización

Hubo un tiempo en que tener una librería en propiedad era una cuestión de Estado. La introducción de la imprenta en Europa gracias al alemán Johannes Gutenberg (1399-1468) revolucionó la manera en que se producían y distribuían los textos. La necesidad de abrir locales en los que despachar los ejemplares impresos que irían a ocupar los anaqueles de las mejores casas de aquella época fue de la mano del desarrollo de estas nuevas tecnologías. Hoy vemos nacer y morir muchos de estos establecimientos e infravaloramos el papel –en sus dos acepciones– de un libro, pero, hace unos siglos, para dedicarse a venderlos había que demostrar, además de un conocimiento profesional del negocio, que también se tenían cualidades morales y un fuerte sentido de la ética.

Antes de que la invención de Gutenberg aportara mayor solidez al comercio de libros, en Inglaterra los copistas y escribas que se encargaban de elaborar manuscritos se organizaban en gremios o *guilds*; a quienes los vendían se les conocía con el nombre de *stationers*, porque ofrecían su género en unos puestos o *stations* colocados contra los muros de las catedrales. Este dato no deja de ser curioso porque rara vez nos encontraremos con series o películas histó-

ricas en cuyas recreaciones del casco antiguo de cualquier gran ciudad, con sus tenderetes apoyados en tapias nobles, no se venda otra cosa que fruta y verdura. En este tipo de escenas brilla esa falta de rigor documental al que nos tienen tan acostumbrados en el séptimo arte. ¿Dónde están los libros? ¿Por qué nos limitamos a enseñarlos solo en ocasiones puntuales, como si fueran una daga oculta en el envés de la capa del protagonista, si los libros siempre han estado y están por todas partes?

El negocio de compraventa de obras impresas ha evolucionado a lo largo de los siglos y sus formas de comercialización se parecen poco o nada cuando se comparan a lo largo de las épocas. En el medievo, por ejemplo, hubo que legislar sobre la manera en que se distribuían para lograr cierta regulación con la que evitar el intrusismo de algunos vendedores ilegales. En 1373 se aprobó un estatuto para que los vendedores y sus clientes no fueran víctimas de diversos engaños porque, en ciudades como Oxford, había profesionales de la venta del libro sin colegiación (es decir, que no ostentaban la condición de *sworn booksellers* o *stationers*). Con sus ventas clandestinas, les hacían una importante competencia desleal a quienes sí lo estaban.\* Este tipo de legislación pone de manifiesto que se trataba de un negocio boyante, una empresa en la que se hacía necesaria la participación de muchas personas con sus diversas funciones. A la vista del material documental que hemos ido recuperando a lo largo de este último siglo no parece, desde luego, que las mujeres permanecieran ajenas a los distintos oficios

---

\* Chisholm (1911) recoge al respecto: «se promulgó que ningún librero, a excepción de dos libreros jurados o sus adjuntos, debía vender ningún libro, ya fuera de su propiedad o de la de otro, que superara medio marco de valor, bajo pena de prisión o, si el delito se repitiera, de pérdida de su comercio dentro de la universidad».



en torno a la creación y distribución de manuscritos. Y, con todo, durante años, se las ha relegado a un segundo plano o directamente se las ha obviado en el relato, como si no hubieran jugado papeles relevantes en un mercado con tan alto nivel de especialización.

Un estudio revelador de Rosa Ferrer (1991), «Una miniaturista en tierras de repoblación», nos descubrió la labor de una mujer prácticamente desconocida, la enigmática En, a quien hasta entonces se le había llamado «la monja Ende». Su nombre aparecía escrito en dos colofones, que rezaban: «EN DEPINTRIX ET DEI AIUTRIX, FRATER EMETERIUS ET PRESBITER». La proximidad entre su escueto nombre y la siguiente palabra, *depintrix*, se malinterpretó, dando lugar a una lectura incorrecta de su identidad y oficio. Al ser *depintrix* o pintora, debiéramos haber leído, por tanto: «En, pintora y servidora de Dios, y Emeterius, hermano y presbítero». Su firma en las ilustraciones del manuscrito del Beato de Tábara o de Gerona, fechado el 6 de julio de 975, figura en primer lugar, lo que indica, según las convenciones de la época, que se trataba de la ilustradora principal.

Las ilustradoras, miniaturistas y, en general, las mujeres relacionadas con cualquier labor relativa a la industria del libro van apareciendo cada cierto tiempo, alumbrando ese gran relato cíclico que es la historia, con sus inesperadas incursiones siderales. Son estrellas fugaces que cruzan el cielo, nos iluminan y luego se extinguen a la misma velocidad con la que un día brillaron. Hace un par de años, en 2019, la revista *Science Advances*, publicaba un descubrimiento que, como todo en nuestra rápida sociedad de consumo, quizás olvidemos muy pronto a pesar de su clara trascendencia: en la dentadura de una monja del Medioevo se habían encontrado restos de lapislázuli, un preciado pigmento azul procedente de Afganistán. Fue, como sucede

con tantas cosas, un hallazgo fortuito. Anita Radini, investigadora de la Universidad de York y una de las coautoras del artículo, describe cómo, al ir retirando el sarro que estaban estudiando para tratar de comprender la dieta que se llevaba durante aquella época, fue apareciendo una constelación de partículas azules. Encontrarse con este inusual color en un lugar igualmente insólito rompe en pedazos el retrato que tenemos de ese periodo.

En esa parcela intangible a la que algunos llaman imaginario colectivo hemos representado el oficio de manera muy estereotipada: los responsables de trazar en los manuscritos iluminados esas letras iniciales cuajadas de color, de dibujar miniaturas y otros ornamentos, fueron unos diligentes señores con hábito marrón y tonsura, que solemos reproducir sentados junto a la luz de una vela. La monja con la boca salpicada de azul revela, sin embargo, una realidad muy distinta. Según indica la investigación de un importante grupo de universidades, la dueña de la preciada dentadura vivió en Dalheim, Alemania. Su convento se mantuvo a pleno rendimiento entre los siglos XI y XIII y, al parecer, lo integraban otras trece mujeres; según consta en los registros de la época, quedó destruido en el siglo XIV.

Lo que pone sobre la mesa el análisis de estos restos humanos es esclarecedor. Al iluminar manuscritos y chupar el pincel del que se servía la monja para sus trabajos, los pigmentos de lapislázuli y también los restos de otros materiales decorativos, como el pan de oro, se le fueron depositando entre los dientes. Este reciente descubrimiento demuestra, por una parte, que la monja alemana debía de tener dotes excepcionales y una gran experiencia en el oficio, pues solo los escribas con mano experta accedían a materiales tan valiosos como el azul ultramar y el oro. Por otra, como afirma Michael McCormick, profesor e investigador de la

Universidad de Harvard, el hallazgo de estos pigmentos entre sus dientes refuerza la hipótesis de que aquella mujer era parte imprescindible en la red comercial que comenzaba en las minas de Afganistán, atravesaba las metrópolis mercantiles del Egipto islámico y la Constantinopla bizantina y llegaba finalmente hasta su comunidad, asentada en la Alemania medieval.

Con el andar del tiempo, las redes comerciales en torno a la venta de libros se fueron consolidando y el negocio debió de alcanzar un importante desarrollo. De hecho, en Inglaterra, durante la Reforma que llevaron a cabo Enrique VIII y Eduardo VI, hubo una demanda de manuscritos tan importante que tanto la dinastía de los Tudor como la de los Estuardo llegaron a temer que la libertad de prensa facilitara la circulación de ideas que pusieran en riesgo a la Corona. Fue precisamente Enrique VIII quien, en 1529, otorgó a Thomas Berthelet la primera patente de impresor del rey. Como había sucedido un siglo antes, quien comprase o tuviera un libro sin licencia estaba cometiendo un delito. Sin un control riguroso, ciertos libros podían convertirse en un peligro nacional.

Otros hallazgos, a partir de nuevos estudios sobre bibliotecas privadas, nos permiten rastrear hoy algunos cauces alternativos en la distribución de manuscritos. Sajed Chowdhury, investigador principal de la Universidad de Leiden (Países Bajos), dirigió un proyecto europeo entre 2019 y 2021 en el que desafiaba la concepción tradicional de la alquimia. Frente a obras del canon como *An Apology for Poetry or The Defence of Poesy* (1595), de Sir Philip Sidney, ha presentado nuevos descubrimientos acerca del papel de la mujer como alquimista, química, escritora y propietaria de una biblioteca, un dato que transforma la historia que hemos heredado. En su proyecto «Women Writers and

Alchemy in Early Modern Britain», Chowdhury presenta a una nómina de mujeres hasta ahora prácticamente desconocidas. Cita, entre ellas, a Grace Mildmay (c. 1552-1620), una figura destacada, no solo por ser médico y químico, sino por haber escrito una de las primeras autobiografías que se conocen firmadas por una mujer. Como señala Pollock (1993), la hija de Mildmay heredó cientos de manuscritos y material que su madre había reunido a lo largo de su vida.

Durante siglos, los libros y manuscritos fueron un medio transmisor de ideas muy poderoso, por lo que, forzosa-mente, las medidas de intervención y control crecieron en número y rigidez. En 1556 se creó la Company of Stationers, con la que se pretendía frenar la distribución de obras que resultaran negativas a ojos de la Corona. Otro de los intentos por reprobar estos libros vino de la mano de la llamada Court of Star Chamber. Esta «Cámara Estrellada», fundada en el palacio de Westminster en 1487 y vigente hasta 1641, juzgaba casos de calumnias y traición, además de aquellos que no tenían cabida en otras cortes. Para burlar la censura, era ya costumbre imprimir las obras en otros países vecinos e introducirlas en Inglaterra mediante el contrabando. En 1660, con el ascenso al trono de Carlos II, es decir, durante el periodo conocido por el nombre de Restauración, se instauró una oficina de licencia de prensa, que estuvo vigente hasta 1694.

Esta dependencia de otros países para producir bienes que consumir en las Islas ha sido siempre una constante y uno de los puntos débiles del Reino Unido. En el caso de los libros, estos se encontraron supeditados a la producción en países vecinos durante momentos cumbre de su historia cultural. No hay por qué quedarse en las censuras del siglo XVII; la prueba es que en las Islas pudieron leer el *Ulises* de Joyce en 1922 gracias a la labor de la librería parisina de Sylvia Beach.